

Llegó don Manuel y la conversación roló sobre el asunto de don Santiago.

Cuando Lola notó que su marido y Zubieta hablaban de asuntos de comercio, se retiró de la sala y permaneció largo tiempo entregada á los pequeños quehaceres domésticos; y sólo volvió á la sala para despedirse de Zubieta, quien se retiró en medio de las tranquilas demostraciones de afecto que eran ya una costumbre.

Lola notó en seguida que su marido estaba preocupado, y uniendo esta circunstancia casual con sus anteriores reflexiones se concentró á su vez, y el matrimonio se entregó al sueño aquella noche en medio de un significativo y desusado silencio.



CAPÍTULO XII.

EN EL CUAL EL LECTOR
VOLVERÁ Á TOMAR EL HILO DE LA
HISTORIA DE ELOISA.

APESAR de que Lola y Zubieta habían tenido ya varias conferencias, no habían vuelto á ocuparse de Eloísa; pues ante un interés de otro género, Zubieta llegó á olvidarse completamente de esta historia, que le había interesado tanto, según recordará el lector.

Atendiendo á esta circunstancia, y á que seguramente Zubieta no volverá á su empe-

ño en saber de Eloísa, al menos mientras tenga otro interés superior pendiente, vamos á dar á nuestros lectores algunos detalles con respecto á la consabida Eloísa.

Haciendo referencia á una época algo remota con respecto á la iniciada historia de Lola y Zubieta, hemos dejado á doña Estefanía viviendo en una casa de vecindad de la calle de San Pedro y San Pablo; y aunque las vecinas, ni aún relacionadas con las criadas de esta señora, pudieron averiguar los asuntos que trataba con sus visitas, nosotros, con el poder del novelista, superior por lo visto hasta al de la curiosidad femenil, vamos á poner al tanto al lector de lo que pasaba en algunas de esas conferencias misteriosas.

Estefanía, según hemos visto, estaba rodeada de comodidades.

Comía bien, se vestía bien, y parecía á primera vista una santa y virtuosa señora, de quien nadie se hubiera perdonado hablar mal, sin causa justificada.

Estefanía además era lo mas dulce que

se conoce entre las hijas de Eva; tenía una vocecita melíflua, voz que se deslizaba por una boquita entreabierta, para dejar ver unos dientes blanquísimos y pequeños.

Estefanía tenía la piel sedosa, casi aterciopelada en los dorsos, y para aquellas formas se habían inventado los abrigos de seda acolchados, el armiño, el cambay batista y todo lo mullido.

Estefanía tenía los dedos muy puntiagudos; sus meñiques tenían unas uñas que eran dos conchitas miniatura, de lo mas primoroso.

La constitución de Estefanía era de lo mas exquisitamente delicado; el aire la ofendía, cada pulga hacía en su epidérmis un estrago, se adivinaba la sangre, corriendo al través de aquella piel que dejaba ver unos ramales azulosos como las venas de una hoja.

Estefanía hablaba quedito, y nunca se exaltaba, era muy suave, muy resignada, y en resumen era una sopita de miel.

Estefanía no sabía qué elegir enmedio de

estas dos fases de su existencia sobre el mundo:

O creerse muy desgraciada en medio de su felicidad.

O creerse muy feliz en medio de su desgracia.

Si Estefanía contaba sus cuitas, si levantaba un tanto el velo misterioso de su pasado para narrar sus desventuras, lograba interesar al espectador hasta el enternecimiento.

Si Estefanía callaba, el observador adivinaba al través de aquella frente, de suyo triste, pasar negras imágenes en continua sucesión, como encargadas de mantener aquella frente blanca, inmóvil, en la actitud y la reserva de la meditación: entonces Estefanía interesaba por la curiosidad, despertaba no sabemos qué interés dramático, que atraía al incauto y preocupaba al hombre de mundo.

Este hombre de mundo que se había preocupado era el señor Sotomayor, á quien hemos conocido en la casa de Estefanía,

con el carácter de su visita predilecta.

Acerca de este señor habían sido inútiles las pesquisas de la vecindad, al grado que la ribeteadora de sombreros y la lavandera le llamaban *el impenetrable*.

Tal era su reserva, tal su medida y circunspección en la casa de Estefanía, que ni la criada mas cercana pudo nunca sorprender una palabra, un gesto, algo que revelara el género de relaciones ó parentesco que Sotomayor tenía con Estefanía; pero, según lo tenemos ofrecido á nuestros lectores, vamos á descorrer, en su obsequio, el velo del misterio.

Un día había recibido Sotomayor una tarjeta en que se leían, el nombre impreso de un íntimo amigo suyo y además escritas con lapiz las siguientes palabras:

«*Vicente: salgo para Puebla: busca en la calle de San Pedro y San Pablo á Estefanía, enséñale ésta, óyela, ayúdala, y silencio.*»

Después de que Sotomayor devoró estas líneas, exclamó:

—¿Qué cosa gorda traerá entre manos éste.....

El adjetivo sustantivado con que terminó, fué de tal manera confuso, que pareció solo un rumor.

Sotomayor tomó su sombrero y se dirigió á la calle de San Pedro y San Pablo.

Se sorprendió agradablemente: Estefanía era una guapa chica; sobre todo tenía una voz muy dulcecita.

—¿Es usted amigo de Pancho?

—Sí, señora.

—Supongo, con fundamento, que usted debe estar ligado á él, por lazos *indisolubles*.

Pronunció Estefanía con tanta intención la palabra *indisolubles*, que Sotomayor no pudo menos que quedarse pensativo, porque su imaginación lo había llevado al campo de los recuerdos.

Una miradita de paloma acentuó la corroboración de Estefanía: estaba diciendo interiormente:

—No me he equivocado.

Y en seguida, poniendo una sobre otra sus pequeñas y delicadas manecitas, habló de esta manera.

—Ya puede usted figurarse, señor Sotomayor.

—¿Usted sabe cómo me llamo? interrumpió éste....

—Le conozco á usted mucho y me es perfectamente familiar su historia íntima; figúrese usted que Pancho ha tenido que salir violentamente de México, en momentos en que su presencia aquí era indispensable; y á no ser porque tiene en usted una fé ciega, hubiera prescindido de todo por no dejar aquí pendientes sus asuntos.

—¿Ha dejado algún encargo para mí.

—Varios encargos, que sólo usted puede desempeñar.

Como estas palabras las acompañó Estefanía con una de sus mas escogidas sonrisas, y con una de sus mas apacibles miradas, Sotomayor se sintió todo de Estefanía; y olvidándose en consecuencia de lo que debiera á su amigo Pancho, experimentó la

irresistible influencia de la simpatía y se propuso ser galante.

Inmediatamente Sotomayor supo darle á sus ojos esa expresión significativa de amante; supo, como buen actor, revestirse del carácter propio de una situación amorosa, se inclinó en su asiento para acercarse más á Estefanía y la miró, la miró con la mirada universal, é hizo todo lo que *in illo tempore*, precedió á la formación del lenguaje; porque sin articular una sílaba, hizo toda una declaración de amor, con sólo un movimiento y una mirada.

Y debió haber estado todo en armonía con la mímica intuitiva, supuesto que por la mente de Estefanía cruzó rápidamente esta frase:

—Me va á enamorar.

No por esto Estefanía hizo lo que antes de la formación del lenguaje hubiera hecho una mujer para decir que nó; pero sí hizo lo que hemos visto en pocas mujeres, quiere decir, se mantuvo inalterable.

Ningún rasgo fisionómico, ningún movi-

miento, indicó que Estefanía se sorprendía de la conducta de Sotomayor; quien no por palpar esta imperturbabilidad se sintió con más valor, sinó que á su vez, esperó oportunidad mas favorable.

—Con que.... murmuró Sotomayor, como invitando á Estefanía á continuar.

—Pancho me dijo muchas cosas para usted.

—Usted me manda.

—Muchas gracias.

—Me dijo.

—Tengo el mayor placer en obedecer á usted.

—Me dijo que podía confiarle á usted un secreto.

—Y mil.

—Ya sé que son muy amigos.

Sotomayor pareció haber tragado algo y exclamó:

—¡Ah, sí! en efecto.

—Y como Pancho no sabe cuándo volverá.

—¿No?

- No, no lo puede saber.
—¿Es posible que se tarde mucho?
—Así sucede algunas veces.
—Pero no hay cuidado; que aquí estoy yo.
—Pues Pancho quiere...
—¿Qué quiere?
—¿Tiene usted relaciones en Palacio?
—Sí.
—Se trata de un asunto del ministerio de Gobernación.
—¿Cuál es ese asunto?
—El jefe político de Chalchicomula, es un amigo nuestro.
—Bien.
—Y desea pasar á San Martín Texmelucan, porque allí está su familia.
—¿Permuta?
—La tienen tratada, pero parece que hay dificultades.
—¿Y eso es todo?
—Ese es uno de los muchos encargos que Pancho me ha hecho para usted.
—Veamos otro.

- ¿Tiene usted amigos en la casa de diligencias?
—Sí.
—Se desea saber cuándo llega una persona.
—¿Cómo se llama?
—No se puede decir su nombre.
—Entonces.
—Es necesario copiar el *roll* todos los días.
—Eso me parece difícil.
—No, no es difícil.
—¿En la administración no lo enseñarán?
—Algunas veces sí.
—¿Y si la persona de quien se desea saber su llegada, viene en un día en que no se pueda ver el *roll*?
—Entonces se informa uno en el camino.
—¿En el camino?
—Sí, señor, ya me ha sucedido tener que esperar á alguno, y un amigo mío ¿qué piensa usted que hacía?
—¿Qué?
—Se iba todos los días á Tlalnepantla,

esperaba la diligencia y mientras el conductor recibía la correspondencia, mi amigo copiaba el roll con un lápiz.

—Eso mismo haré yo, si usted lo ordena: ¿qué más?

—Que si gusta usted de tomar chocolate.

—¿Va usted á tomar chocolate?

—Si, señor.

—En hora buena, acompañaré á usted.

Estefanía en lugar de llamar, se levantó de su asiento.

Sotomayor, pudo notar entonces que Estefanía era muy airosa, que tenía la cintura muy delgada, y que al pararse había dejado esa estela de aroma, propia de las personas aseadas.

Sotomayor aspiró aquello, experimentando un bienestar dulce.

El olfato está siempre delante de la felicidad, delante de las flores, y delante de la mujer hermosa.

—Debe haber un geniecito en el camino del amor, pensó Sotomayor, que se encarga de regar, antes de que pasemos: esta chica

es un ramillete de heliotropos; estoy encantado ¡qué flexibilidad de cintura y qué gallardía!..... Pancho es un pícaro. Nunca me habló de Estefanía, sino al irse. Pues señor, por muy bien empleado doy el ratito: me conviene Estefanía.

En estos momentos apareció Estefanía, después de haber dado sus instrucciones para el servicio del chocolate.

Después de algunos instantes, Sotomayor conducido por Estefanía pasaba al comedor.

Se notaba en el menaje de aquella pieza cierta mezcla que muy fácilmente hubiera podido pasar desapercibida; pero no obstante hablaba elocuentemente al observador.

Se veía por ejemplo sobre la mesa un magnífico juego de café, primoroso trabajo de orfebrería, dos magníficos botellones de cristal, algunas tazas de porcelana de Sevres; todo esto haciendo un perfecto contraste con algunos platos soperos de loza de Tacubaya, con algunos cuchillos flojos del mango, y con una servilleta de Toluca que cubría una fuente con pasteles.

En cuanto á muebles, había un costoso aparador de cedro barnizado y algunas sillas con asientos de tule.

Aquellos contrastes estaban revelando la fortuna improvisada, la irregularidad de los ingresos, y la falta de costumbre de usar ciertos objetos; así como la de esa elección que es sólo el resultado de una perfecta educación social.

Bastole pues á Sotomayor una ojeada para comprender la elocuencia de aquel abigarramiento que, por otra parte, no dejó de inspirarle confianza, sin duda por que los objetos exteriores de que una persona se rodea, tienen siempre una significación, que revela el carácter y aún la vida del propietario.

Cuántos hay que llevados del deseo de ostentación, nos muestran en la camisa un brillante, que nos induce á hacer una caritativa comparación entre los ingresos y egresos del propietario, quien no sale más veces absuelto, acá para nuestro capote, en la liquidación.

Los brillantes que usaba Estefanía eran un verdadero contraste con la humildad de su alojamiento, que no pasaba de ser una vivienda de casa de vecindad: la misma policía, en caso dado, no hubiera echado este dato en saco roto.

Por lo visto aquel chocolate iba á ser íntimo, supuesto que, teniendo Estefanía dos hijas no aparecían allí y sí se oían sus alegres voces al través de la puerta cerrada.

